

APUNTES SOBRE LA HISTORIA DE VILLALBA

La historia de Villalba a través del tiempo (I)

J. LAMA

JUSTIFICACION PRELIMINAR

En las viejas enciclopedias de historia, entre tópicos y apocáripticas, casi siempre se iniciaba el amplio recorrido histórico, poblado de moros levantiscos y maquisélicos, de caballos reconquistadores nobles y valientes, de monarcas que empujaron la causa de la religión y del orden favorablemente comentados por el autor de turno, con la siguiente definición: "Historia es la narración de los acontecimientos ocurridos en el mundo desde la antigüedad hasta los tiempos actuales". Hoy, ya superados aquellos primeros años escolares, sería fácil rebatir el más leve esfuerzo. También se queda corta la definición de la historia sometida a un cliché tan ingenuo y repetido en un sinnúmero de libritos similares.

Lo que aquí vamos a tratar de hacer es también historia, pero no nos dedicaremos a narrar los "acontecimientos ocurridos en el mundo desde..." sin que por ello pierda su condición histórica. Nos vamos a circunscribir a los hechos ocurridos, o supuestamente ocurridos, en un área reducida de espacio como es Villalba. Desconocemos la trascendencia de los hechos, aunque debemos de interpretarla como limitada en su proyección hacia el exterior; sin embargo, para estas tierras es, sin duda, uno de sus ejes centrales. Trataremos, pues, de aproximarnos un poco a estos acontecimientos a través del trabajo pe-

riodístico evitando el "tostón", la acumulación fácil de datos, intentando amenizar algo como es la historia, que la asepsia literario-imaginativa del ensayista con- denó casi sistemáticamente a ser materia gris de algún librote casi hasta nuestros días en que algún avisado autor, reivindicando elementos mágicos, fantásticos, etc., empieza a despertar el interés de las masas por el material histórico.

ACERCAMIENTO CASI ATÍPICO A LOS PREMIEROS VILLALBESES

Los indicios más claros de la presencia del ser humano en tierras villalbesas se remontan a finales del Paleolítico superior, aunque que siempre manteniendo la etiqueta de hipotéticos atada a los mismos. Se puede aventurar que, efectivamente, en los abrigos naturales existentes en Pena Grande de Borelle y Lousada, alguna vez el hombre paleolítico se resguardó de las inclemencias climatológicas.

Ni la agricultura, ni los animales domésticos le eran conocidos y su vida era nómada, aunque dejó rasgos que nos permiten vislumbrar su inteligencia en algunos utensilios hallados en Os Pedonados (Carrizo) y Xestido, probablemente de una época de transición hacia finales del Paleolítico.

Los actuales villalbeses quizás se muestren escépticos al descubrir a través del túnel del tiempo a sus precursores, por lo menos en cuanto a asentamiento se refiere. Y no nos extrañaría que por estas tierras campase alguna de las razas descuabiertas en Eu-

ropa encuadradas dentro de la denominación común de Homo Sapiens con sus ritos mágico-religiosos (fecundidad, caza, etc.). De este mundo anarco-misterioso entre la libertad y el infierno, como diría Balzac, pasamos al último período de la Prehistoria: El Neolítico. Vicente Risco en su "Historia de Galicia" dice que esta etapa histórica ofrece "tipos conocidos de instrumentos de piedra pulimentada o de talla fina y de cerámica hecha a mano, habiendo quien remonta a esta época el origen de las inculturas rurales". Se refiere también a la cultura dolménica y hace alusión a las consabidas mámoas y a sus diferentes tipos. Sin entrar en estas disquisiciones de tipo genérico vamos a centrarnos concretamente en Villalba.

Existen aquí mámoas o medias con forma semiesférica. En su interior se encontraron piedras pulimentadas de diversas formas y utilidades, hachas, resacas cerámicos etc. Alguno de estos restos cerámicos es claramente campaniforme puesto que las piezas campaniformes están por lo general decoradas abundantemente con motivos geométricos dispuestos en bandas paralelas como es el caso de los encontrados en una media aislada de Roupar.

Son interesantes las mámoas de Lousada y Roupar, cuya característica más acusada es la forma poligonal de la cámara mortuoria. Fueron estudiadas en sucesivas etapas y aparecen catalogadas en numerosos estudios históricos.

Hay que reseñar que aparte de estas construcciones funerarias

buen prueba del asentamiento de pueblos prehistóricos en este territorio es el hallazgo de interesantes objetos primitivos, así como los nombres de Mámoa y Casastro que llevan muchos de sus lugares y, sobre todo, a la piedra con inscripciones de Samarugo, en la cual, dice, "no cabe dudar que se trató de manifestar el culto al Sol y a la Luna, en sus dibujos en forma de estelas funerarias". Explica también que a principios del siglo XVII el licenciado Vázquez de Urjas se dedicó a la apertura de mámoas en Galicia, y en estas tierras se abrieron, entre otras, las de Molla-Fariñas en la feigresía de Cazás, por aquellos tiempos enclavado villalbés aún, Muruxas y Porta da Pedra. Parece ser, según ciertas fuentes, que los que abrieron esta última fueron los vecinos de Lanzós. Se decía que en Porto da Pedra había un tesoro, debido a que "se echó allí una vaca y se levantó toda ella con manchas blancas".

Surge aquí el encanto de la fascinación a caballo del mito mágico y la superstición, el tesoro que crea esa psicosis especial en las mentes campesinas como posible medio de redención de una penosa existencia, que nos hace recordar las averiguaciones de un

(Pasa a la página nueve)

La historia de Villalba a través...

(Viene de la página siete)
etnógrafo como Caro Baroja, o las de un mágico, cabalístico - historiador como Sánchez Dragó. Villalba como casi toda Galicia, rica en leyendas, fantasías, historias negras, no podía ser una excepción.

SOBRE LOS CELTAS, ENTRE EL MITO Y LA REALIDAD

La invasión celta determina el comienzo de la Edad de Hierro en Galicia. Los pueblos celtas aportaron la "cultura de Hallstatt" originaria de Europa Central, que en Galicia da lugar a una cultura indígena llamada "de los castros".

En tiempos de los celtas Galicia aparece dividida en grupos gentilicios. Villalba, aparentemente, aparece en un punto de confluencia de varios de estos grupos (Namarinos, Britones, Saurros, Astrabos, etc.) y es difícil delimitar con exactitud cual de ellos se asentó aquí. Sobre esto, así como sobre el asentamiento de estos grupos gentilicios descritos por historiadores latinos no es posible pasar de una discreta hipótesis.

Volviendo atrás, el título de este apartado obedece a una discusión seria, científica, que se da actualmente en el seno de la historia entre dos vertientes contrastadas: Una, que afirma la presencia de los celtas en Galicia; la otra, que niega este aserto con expresiones contundentes, y a su manera, no carentes de consistencia, aludiendo que el mito céltico es una falacia. Lo que sí es cierto, partiendo de la supresión de la posición negativa con respecto al asentamiento celta, es que esta influencia está siendo reivindicada como una cultura entroncada con la más genuina tradición gallega, por lo que no deja de ser objeto de manipulaciones tendentes a mitificarla.

Verea y Aguilar, precisamente el primer teórico del celtismo gallico, ya recoge el nombre de algún castro villalbés en su amplia obra.

Todos, de un modo riguroso o intuitivo, sabemos lo que es un castro. Entre los más importantes que se encuentran en la geografía villalbesa están los de Goiriz, Castromalor, Ladra, Outelro, Lanzós, Penedos, Vixil, Vilar da Gra-

ña (también poblado por los romanos) y un larguísimo etcétera, puesto que esta zona, como sucede por lo general en toda Galicia, es abundante en este tipo de manifestaciones arquitectónicas. De alguno de los castros villalbeses, como es el caso del de Vixil, nos llegan noticias de la etapa romana por medio de historiadores de la importancia de Estrabón y Plinio.

LA CIVILIZACION ROMANA EN VILLALBA

El vestigio más patente de la presencia romana está en la "villa" de Vilar da Graña, que ha dado lugar a algunas prospecciones con resultados valiosos. Estas "villas" en las parroquias rurales y aldeas, estaban formadas por un "palatium" o casa del dueño, la "villa urbana" consistente en las construcciones adjetivas, la "villa frumentaria" o conjunto de cuadras, pajares, etc., y la "villa rústica" o habitaciones de los siervos, braceros, etc. Buena parte de los historiadores coinciden en afirmar la persistencia de los elementos indígenas, ya que los propietarios, en buena parte, fueron los nobles celtas que las conservaron a cambio de un tributo.

En el partido de Villalba y concretamente en Buriz (Trasparga), hay también indicios de haber existido un campo militar, y en el atrio de la iglesia del pueblo, fueron encontrados restos de columnas de piedra labrada de los tiempos romanos, suponiéndose que se trataba de los vestigios de una importante población celtoromana. Algunos de estos restos se encuentran en el Museo de Santiago.

Hasta aquí el primer acercamiento a la historia de este pueblo. Sin duda han quedado en el tintero multitud de aspectos, algunos deliberadamente, como la densa lista de mámoas o castros inéditos en este trabajo que no vendrían más que a sumarse a una larga serie de nombres, más apropiada del ensayo histórico riguroso que del trabajo periodístico.

Decía Voltaire que "el secreto de resultar aburrido consiste en contarlo todo". Y en este caso prefiero antes no contarlo todo que resultar un profesional de la somnolencia.

La historia de Villalba a través del tiempo (II)

"No hay hombre que sea tan estúpido como para preferir la guerra a la paz, ya que en la paz los hijos entierran a sus padres, mientras que en la guerra los padres entierran a sus hijos".

(HERODOTO)

"El estado natural de los hombres es la guerra, no la paz".

(KANT)

J. LAMA

En estas dos frases se reflejan dos actitudes, dos concepciones del hombre y del espíritu humano bien opuestas. Todo esto viene a cuento de la historia medieval de Villalba. Ciertamente es que Heródoto expone una razón bien convincente, casi definitiva, aunque aquí la realidad se asemeja más a Kant, e, incluso, llegamos a creer que durante esta larga etapa, oscura y, a la vez, oscurantista, la guerra fue realmente un estado natural.

Dice Amor Mellán que "esta comarca evoca caballerescas aventuras más que ninguna otra en la provincia de Lugo, incluso que Monforte donde fueron únicos los señores de Lemos".

Efectivamente, por este territorio cabalaron mesnadas de los Andrades, los Párragas, los Lanzós; los montes de Labrada, de Ousán, de A Loba, escucharon el grito de guerra y el estruendo de los cascos y de las armaduras.

DE MONTENEGRO A VILLALBA

La actual geografía villalbesa perteneció al condado de Montenegro, que se menciona en el tomo XL de la "España Sagrada", con referencia a la época histórica del Rey suevo Teodomiro. La actual Villalba recibía el nombre

de Tierra de Montenegro, que también aparece citado en el testamento del obispo lucense Odoario, en el año 747.

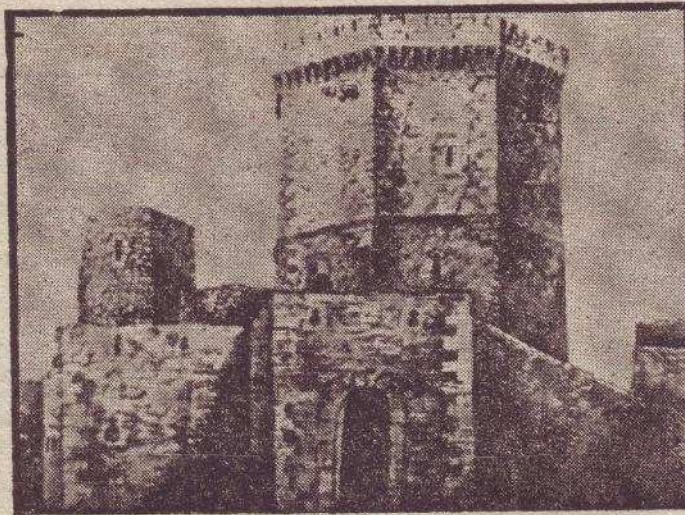
Mato Vizoso dice que "antes del siglo XII el pueblo de Villalba era conocido con el nombre de Santa María de Montenegro" y que "en documentos pertenecientes a los siglos XV y XVI figura aún esta villa de Montenegro".

Amor Mellán afirma que Villalba, como tal villa al menos, se remonta al siglo XII, en el que se registra ese nombre por primera vez.

A partir de aquí comienza la historia de Villalba, Villa Alba, o Villa Alvaro (que así se le cita en el testamento otorgado en 1505 por don Sancho de Ulloa, conde Monterrey).

BAJO EL BLASON DE LOS ANDRADE

Hacia la mitad del siglo XIII



Villalba constituía una parte del señorío de don Fernando Ruiz de Castro. Unos años más tarde la villa y su feligresía, así como otros territorios, fueron donados por el monarca don Pedro I a Fernán Pérez de Andrade o Bon "por muchos buenos et leales servicios que me avedes fecho e facedes de cada día". Sin duda, debieron de ser grandes los servicios prestados para que el Rey "cruel" se olvidase de los Castros en favor de los Andrade.

No se imaginaba Pedro I la moneda con que le había de pagar Fernán Pérez, tan importante donación, puesto que en las luchas entre don Pedro y su hermano don Enrique, se inclinó por este último.

Coronado Rey Enrique II "el de las mercedes", expidió un privilegio en Burgos, el 3 de agosto de 1373, confirmando a Fernán Pérez el señorío de Villalba "por conocer quanta lealtad en vos fallamos de fianza..." Siempre fue estrecha la relación existente entre don Enrique y el de Andrade. Incluso Vesteiro Torres en su obra "Galería de gallegos ilustres" llega a señalar que "la historia de don Enrique antes de subir al trono es la historia de Fernando de Andrade", por lo que no se explica muy bien la donación que le hizo a este último don Pedro.

Con el fin de apoyar a don Enrique, el de Andrade organizó por cuenta propia un ejército, tal era su poderío y riqueza. Su comitiva estaba formada por veinte o treinta escuderos, cincuenta o sesenta peones, varios tamboriles y trompetas y multitud de pajes y mozos de cámara con todo lo que una casa regia debía de tener. El de Andrade era el gallego más poderoso de su tiempo, tanto que incluso un privilegio le concedió el derecho de acuñar moneda, y hasta nosotros han llega-

do las doblas de oro con las armas reales y las de su señorío. Sin embargo, no deja de haber eruditos que afirman que tales doblas no eran otras que las "de la banda" acuñadas por orden de Juan II.

Fernán Pérez debió de morir en la segunda mitad de 1397. El último documento de su tutoría que se conoce es una sentencia fechada el 28 de julio del mismo año, que revoca otra de su alcalde en la metrópoli villalbesa, Gonzalo de Goiriz.

Le sucedió su sobrino Nuño Freire de Andrade el Malo, bien distinto a su antecesor en cuanto a carácter, pues se destacó por su cruel despotismo y altanería.

Los habitantes de Villalba —ciudad fortificada según consta en la crónica de Fernando IV el Emplazado—, se rebelaron contra él y arrasaron varias de sus fortalezas, entre ellas el castillo de la villa construido en el siglo XIII bajo la supervisión de un tal Rodrigo Sánchez. Pronto cesaron las correrías de los vasallos sometidos por su señor y obligados a restaurar las fortalezas destruidas, allá por el año 1431.

A los pocos años moría Nuño Freire y tomaba las riendas Fernán Pérez de Andrade. El 9 de julio de 1442, don Juan II le confirma el señorío de Villalba y de los otros estados de su casa.

Vicente Risco señala, siguiendo al genealogista Vasco de Aponte, que tenía casi 5.000 vasallos y ejercía el derecho de soga y cuchillo sobre 3.000. De los Andrade dependían las casas de Parga y Saavedra, Diego Sánchez, Ruy González de Ribadeneira, Alonso

EL PROGRESO, 22-7-1981 (continuación)

de Lanzós, Pedro de Miranda, Pedro Pardo de Cela, Juan Núñez Pardo de Cela y un largo etcétera.

LOS HERMANDIÑOS CONTRA LOS ANDRADE

Uno de los caballeros citados anteriormente, Alonso de Lanzós señor de Louriña, enemigo acérrimo del conde de Lemos y de la Casa de Andrade, había jurado la total destrucción de estos últimos. No se conocen las causas que lo motivaron a realizar la promesa, pero lo que sí es cierto es que cuando estalló la sublevación de los hermandiños gallegos bajo el reinado de Enrique IV, fue uno de los tres que dirigió el movimiento, junto con Diego de Lemos, señor de Sober, y Pedro de Osorio, hijo del conde de Trastámara.

El origen de los hermandiños está en una carta que obtuvo Alonso de Lanzós del monarca Enrique IV, autorizando una liga para la defensa común de los Concejos de Galicia y los villanos de los señoríos en el año 1465. Se constituyó la hermandad y formaron parte de ella los concejos y feligresías, así como el Cabildo de Santiago.

De todo ello pronto derivó una verdadera guerra social y fue precisamente en las tierras de Fernán Pérez de Andrade, donde los hermandiños pelearon con mayor fortuna. Los villalbeses tuvieron una parte muy destacada en estas luchas; no hay que olvidar que aquí tenía Fernández Pérez, 730 vasallos que pasaron a engrosar las filas de la hermandad, así como el hecho bien significativo de que el castillo de Villalba, fue uno de los primeros en ser demolido por la nueva fuerza social en opresión al poder señorial.

El aguerrido Lanzós llegó a conquistar la fortaleza de Pontedeume, pero pronto cambió la suerte de la revuelta, motivado, entre otras circunstancias, por el empuje que Pedro Álvarez de Sotomayor, conocido por el nombre de Pedro Madruga le imprimió a la reconquista de las fortalezas caídas. El caballero Alonso, señor de Louriña, se fortificó en el castillo de Gundían donde lo atacaron Fernán Pérez de Andrade y Gómez Pérez das Mariñas, pero Lanzós huyó con su gente al amparo de la noche.

Duramente perseguidos, tuvo que entregar Pontedeume al Arzobispo Fonseca, que ya había entrado en Santiago y recuperado la Diócesis y, por fin, cayó preso en manos de Fernán Pérez Parragués. Dura fue la prueba por la que pasó el de Louriña y, aunque algunos aseguran que topó la muerte de orden de Parragués, su nombre aparece mezclado con aventuras posteriores.

El señor de las Mariñas, que un día estuviera en lucha con el de Villalba, se reconcilió después de los valiosos servicios que le prestó en la tarea de recuperar el terreno perdido, y casó a su hija con Diego, primogénito y futuro sucesor de los Andrade.

El poderío de Fernán Pérez de Andrade fue, sin duda grande como así lo recoge el genealogista de aquellos tiempos Vasco de Aponte: "Todos los años del mundo no bajaban de darle de mano besada al pie de tres mill doblas. Tenía sogas y cuchillo sobre tres mill y quatrocientos hombres; los dos mill y doscientos suyos; los mill y trescientos de beetrías, que venían con apelaciones; y de otras jurisdicciones de que no tenían juzgado. Tenía de vasallos de otros más de mill y quinientos hombres, y porque ninguno lo dude daré la cuenta por entero: Tenía setecientos y treinta hombres en Villa Alba con la villa y setenta en las villares...". Aparte de esta cifra hay que contar con la gente de "beetría" que tenía en los términos villalbeses.

De fascinante podemos calificar este mundo medieval con su trasfondo de intrigas, batallas, mesnadas de arqueros y guerreros, hidalgos, nobles, etc. Lejanos en el tiempo, aún llegan hasta nosotros destellos del esplendor feudal, de la sumisión del pueblo y de sus intentos de liberarse del yugo opresor, quizás porque pocos pueblos como el de Villalba marcaron tanto la Edad Media Gallega, hecho que es sobradamente reconocido.

La historia de Villalba a través del tiempo (III)

J. Lama

El condado de Villalba

Al polémico Fernán Pérez de Andrade, tratado en el anterior capítulo, le sucedió su hijo Diego de Andrade, casado con María de Haro, hija de Gómez Perez das Mariñas.

Su nombre coleó permanentemente por la Galicia de su tiempo, ya que de una manera u otra tuvo que ver con casi todas las luchas internas que se libraron en tierras gallegas. Sólo en Villalba y en su partido constan que participó en los hechos que tuvieron lugar en Vilaxoan, puente de Rábadade a Samarugo.

El más importante fue el de Samarugo, y así aparece descrito en la obra «Galicia en el último tercio del siglo XV» de López Ferreiro: «(Pardo de Cela) ...enorgullecido con el deudo que había contraído con el conde de Lemos, una de cuyas hijas había desposado, y apoyado por sus parientes los tres hermanos Rivadeneira y otros señores poderosos, desdeñó el vasallaje de los señores de Andrade y aún quiso competir con ellos en poder e influencia. A este fin, para hacer sombra al castillo de Villalba, quiso levantar una gran fortaleza en Samarugo a legua y media de distancia. Reunió, con tal motivo, a todos sus deudos, amigos y aliados, y bien armado y pertrechado emprendió la obra. Luego que don Diego de Andrade tuvo noticias de estas maniobras levantó su hueste y acompañado del conde de Altamira, a quien había dado aviso, corrió a Samarugo para impedir con la fuerza de las armas la construcción de la fortaleza enemiga. Pardo de Cela se vio obligado a levantar el campo y renunciar a su proyecto».

Fue don Diego «verdadero católico, esforzado y justiciero» según las crónicas de la época. Varias veces renunció a convertirse en conde con el noble pretexto de que prefería ser buen caballero que mal conde, pero, al fin, los Reyes Católicos lo nombraron conde de Villalba en recompensa por los servicios prestados a los monarcas en el sitio de La Coruña, que tan valientemente defendió frente al conde de Benavente. Además de estas mercedes recibió de los monarcas «cien mil maravedíes de juro por la defensa de Castilla, otros cien mil por vida y sesenta mil por la campaña de Granada, así como buen número de privilegios».

Siguió a don Diego en el condado de Villalba su hijo el general Fernando de Andrade. Heredó las virtudes de su padre y aún añadió a ellas otras cualidades personales que lo convirtieron en un personaje de extraordinaria relevancia,

circunstancia patentizada por la trascendencia que tuvieron sus hazañas en el resto de la península y en el extranjero. El relato de éstas bien podría llenar todo un libro, motivo que nos obliga a resaltar los más sobresalientes.

Italia fue el escenario principal de sus gestas y allí hizo levantar a los franceses el sitio de Terranova; derrotó a D'Aubigny en Saminara, ya confirmado en su cargo de general en jefe de las tropas españolas a la muerte de Luis Portocarrero; comandó la retaguardia del Ejército español en Garellano secundando al Gran Capitán y participando de su gran victoria. Nueve años más tarde está de nuevo en Italia en ayuda de la Liga Santa. De regreso a España el cardenal Cisneros le otorga el mando de las tropas reales con las que acudió a aplacar las iras de los nobles rebeldes. Más tarde, en el año 1520, fue nombrado por Carlos I capitán general de la armada que le había de llevar a Flandes. El mismo título, pero de los ejércitos de la Iglesia, le fue otorgado en 1522 y

al frente de más de 5.000 soldados recobró para el Papa la ciudad de Arimiro, usurpada años antes por Malatesta. El Pontífice le concedió el estado de Caserta con el título de príncipe, pero pronto vendió y regresó a España, según señala el historiador Gándara.

Vicente Risco hace constar que en el año 1520 Carlos I convocó Cortes para Santiago y más tarde las trasladó a La Coruña. En Santiago se reunieron el arzobispo don Alonso de Fonseca, el conde de Benavente y don Fernando de Andrade, conde de Villalba, los cuales reclamaron el voto en Cortes para Galicia, hasta entonces vedado. Se presentaron a la reunión de las Cortes que tenía lugar en el convento de San Francisco de la capital santiaguesa y expusieron su pretensión en nombre de la nobleza gallega, a lo que les respondió el procurador de Burgos García-Núñez de Malta oponiéndose a la petición.

Este singular noble pasó por empresas de menor importancia. Ya bien entrado en edad organizó la armada que, al mando de Diego García, fue a las lejanas regiones del Plata, y luego se retiró a tierras villalbesas. Desde luego que hizo cierta la frase de Oliver Wendell: «Ser un joven de setenta años es, a veces, mucho más alegre y esperanzador que un viejo de cuarenta». Curiosísimo personaje este Fernando de Andrade, parece el sujeto de las narraciones fantasiosas de un Borges. Aún hoy su personalidad aparece impregnada de

un extraño magnetismo, entre la sed de aventuras y el afán de gloria y riqueza.

Con don Fernando concluye la vida propia del condado de Villalba, aunque siguiere existiendo en teoría. Su hija Teresa se casó con Fernando Ruiz de Castro, y de este modo, la casa de Andrade se fundió con la de Lemos y sus posesiones se incorporaron a esta última. Los días del feudalismo, si es que se pudiera hablar abiertamente de este fenómeno social en España y concretamente en Galicia, habían pasado. Los señores abandonaron los castillos y las fortalezas para instalarse en la corte, ellos, que a veces habían conseguido inquietar al rey con su poder autónomo, se pusieron al lado del monarca y revolotearon alrededor del trono como aves peregrinas, debido al favor cambiante del rey. Su antiguo poder y su capacidad de disposición se convirtieron en un ejercicio de intrigas que fue tejiendo una maraña que aún hoy no está clara para los historiadores en gran número de ocasiones. Los castillos, un día símbolo de su poder, casi todos siguieron el camino de la ruina o de la destrucción como le ocurrió al castillo de Villalba, del que sólo se conserva la torre del homenaje.

LA EDAD CONTEMPORÁNEA EN VILLALBA

El condado de Villalba se extendió definitivamente cuando las Cortes de Cádiz en 1812 decretaron la abolición de los señoríos y continuó como jurisdicción real y ordinaria hasta que se establecieron los partidos judiciales en 1834.

La geografía villalbesa, lo mismo que en los viejos tiempos, fue testigo de los grupos de soldados que la cruzaron como así lo atestigua un manuscrito que se encuentra en el convento franciscano de Santiago, donde se afirma que en el año 1809 los ejércitos ingleses no pudieron entrar en Lugo, después de rodearlo, siguiendo a Villalba y encaminándose después al Ferrol y La Coruña. Parece ser que al aproximarse a Villalba el citado ejército el alcalde de la villa dio orden de que fuese trasladado el archivo municipal a una casa de Mourence como medida de precaución. No fue este el único suceso de similares características, pues el 22 de julio de 1822 se dejó ver por Parga, Baamonde y Villalba con su tropa un tal Gómez, perseguido por Espartero, para dirigirse al principado de Asturias pasando por Mondoñedo.

Esto nos induce a hablar de los caminos y rutas, pues al que recorrió Gómez no es otra que la calzada real que cruzaba Villalba desde Betanzos, antigua capital de Galicia, hasta Mondoñedo, capital de provincia gallega. Un nuevo enlace entre Villalba y Mondoñedo se construyó en el año 1823 con la creación de la carretera del Estado con el trayecto Rábadade-Oviedo.

EL PROGRESO, 25-7-1981 (continuación)

No estaba el pueblo villalbés muy atrasado si lo comparamos con otros ayuntamientos de la provincia como nos demuestra el «Diccionario Geográfico-Estadístico e Histórico» de Pascual Madoz del año 1850, ya que contaba con once escuelas a las que accedían 516 niños, y en la villa había hasta 152 casas y 684 almas.

El aspecto cultural, si exceptuamos el censo escolar, no está muy clarificado hasta que empiezan a surgir asociaciones y periódicos en la capital del municipio que van a posibilitar el que varias plumas villalbesas expresen sus inquietudes. Abrió el fuego en 1908 el «Eco Villalbés» fundado y dirigido por el cronista local Mato Vizoso, que tuvo largos años de feliz existencia. Aparecen luego «La Comarca Villalbesa» y «El Ratón»; este último, del año 1910, tuvo una importante intervención en el espeluznante crimen de «Fontefría». En 1916 surgió «Galicia Pintoresca», revista gráfica y quincenal de amplia circulación. En el año 1922 salió «El Progreso Villalbs», periódico quincenal como «El Faro Villalbés» (1932), que tuvieron una limitada existencia, lo que provocó que la prensa autóctona desapareciera hasta nuestros días.

Si:n duda lo más importante de esta etapa histórica son los personajes que surgieron en el campo de las letras, de la política, del ar-

te. Ahí están el conde de Pallares, García Hermida, Mato Vizoso, Chao Ledo, Fraga Iribarne, Antonio Insua, entre otros, como exponentes aislados de la Villalba contemporánea que serán objeto de estudio en otro capítulo de estos apuntes históricos.

Poco más podemos añadir a este apartado si no es decir que muchos hechos acaecidos en esta zona pasarán, si no han pasado ya, al olvido motivado por la desaparición del archivo municipal al poco de finalizada la guerra civil, que era el que contenía la verdadera historia del municipio. Diremos como dato anecdótico que un día apareció por la villa un camión de la Jefatura de Industria y cargó con toda la documentación, que sumaba más de 5.000 kilos de papel, aduciendo precisamente la escasez de materia prima en la fabricación de papel. Una anécdota más como casi exclusivamente anecdótica es la historia contemporánea de Villalba, pues donde jugó un papel más importante fue durante la larga etapa de los Andrade, con sus luchas intestinas, levantamientos populares y un sin fin de hechos bélicos que constituyen un material histórico tenido en cuenta por casi todos los historiadores gallegos, desde Verec y Aguiar hasta Otero Pedrayo en su «Gufa de Galicia», pasando por Manuel Murguía, Amor Meilán, Vicente Risco, etc.

La historia a través de los monumentos (IV)

J. LAMA

**¡Torre de Villalba, tan airosa,
raíña de toda a Terra Chá...!**

**Agora estás tristeira e pesarosa:
¡lembras a tua gloria de outra edál**

Así cantaba el poeta Manuel María a la Torre del Homenaje del castillo de los Andrade. Y desde hace más de 600 años aún persiste enhiesta como un testimonio de la historia medieval de Villalba.

En anteriores capítulos nos hemos ocupado con detenimiento de la importancia que la familia de los Andrade tuvo en el contexto histórico de la Galicia de su época, así como de las noticias referentes al castillo que simbolizó su poder en estas tierras. Cabe decir que esta fortaleza fue prácticamente destruida por los vecinos de la villa en el año 1431, cuando se sublevaron contra Nuño Freire de Andrade. Reconstruido por los levantiscos, de nuevo sometidos al poder señorial, fue derruido otra vez en el año 1467 por los hermandiños, hasta que unos años más tarde Diego de Andrade dio la orden de construir otro de distintas características sobre el emplazamiento del caído. Los años fueron socavando su esqueleto, y de la monumental construcción que debió de ser en algún tiempo sólo permanece la referida torre. Sobre ésta dice el historiador Tettameney: "La Torre del Homenaje imprime el verdadero carácter del castillo feudal; no se conoce aquella sin éste. En tiempos de paz estaba destinada para las solemnes recepciones; servía para guardar los tesoros, el archivo, las armas de la familia, etc."

La torre estuvo a punto de correr la misma suerte que el resto

de la edificación, puesto que en el primer cuarto de siglo actual parece que estuvo a punto de ser derribada por su propietario. Los vecinos la salvaron del fatal destino gracias a las protestas que elevaron al entonces gobernador civil de la provincia, D. Evaristo Rodríguez, y a las repercusiones que tuvo en las altas esferas de la Administración.

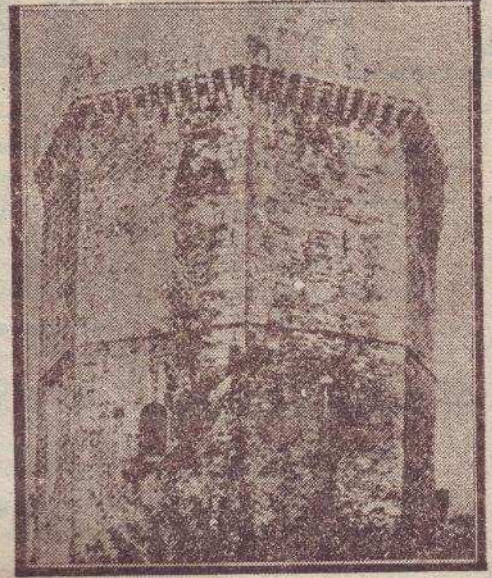
En la década de los sesenta, después de ser abandonada por sus antiguos moradores, pasó a ser parador de turismo. Fue entonces cuando se comprobó que la última fila de las almenas mide un metro de alto, y una repisa en el interior que hace de balcón dos metros de ancho, aproximadamente. Se calcula que tiene más de cuarenta metros de diámetro de hueco y que su altura supera los 35 metros.

No todas las construcciones corrieron la misma suerte que esta Torre del Homenaje, como así le ocurrió a la muralla de esta villa. Tenía una altura regular y un ancho de casi dos metros, dos entradas y un recinto no muy largo del que sólo se conserva un montón de piedras.

Resulta chocante que una ciudad de tan dilatada historia, testigo de gestas, ennoblecida por nombres importantes, apenas conserva vestigios de su pasado esplendor. Ahí está la torre de los Andrade como superviviente de una estructura social que acarrió la decadencia de casi todos sus símbolos. A principios de este siglo un prestigioso historiador decía: "La incuria de los dueños y el rencor de los pecheros aceleraron la obra destructora de los siglos. De aquel castillo de Villalba, tres veces levantado y dos destruido, pronto no quedará ya otra cosa que el recuerdo, como de tantos otros". Se equivocó debido al factor mediador del pueblo ya apuntado, porque la riqueza del arte está por encima de elementos de valor subjetivos y así lo que un día fue manifestación del poder e incluso de la tiranía feudal vuelve a las manos del pueblo, que fue, en definitiva, el que lo levantó.

En la parroquia de S. Jorge de Rioveso está la casa principal de Villamartín. Su construcción data del siglo XV, y perteneció a la casa de los señores de Montenegro, muchos de los cuales están enterrados en la iglesia del pueblo. Lo más interesante que queda de esta construcción es, probablemente, la fuente hecha de sillería y con dos surtidores y el escudo heráldico de la fachada del palacio.

En la parroquia de Torre también hay signos de la dominación de los Montenegro. En el enclave



de la antigua fortaleza se conserva la capilla de la casa que tiene un interesante retablo construido en madera en el que se puede leer lo que sigue: "Capilla y retablo edificado por D. Rodrigo Montenegro en el año 1111". Además está adornado con el escudo de la casa.

Este blasón de los Montenegro vuelve a aparecer en la casa de Padronelo. Se halla enclavada en la parroquia de Santiago de Sancobad, y parece ser que se erigió en el siglo XV. Al citado blasón, situado en la parte norte, se le añade el del conde de Torre Novás en la parte sur. Actualmente esta edificación señorial aparece bastante diezmada por efectos de la negligencia y del tiempo; de este modo, ya no queda rastro de lo que debió de ser una interesante capilla según los archivos de la casa.

Las correrías de Alonso de Lantós también dejaron sus vestigios en la geografía villalbesa. A unos cinco kilómetros de la capital del municipio está el pazo de Lanzós. Consta que fue una especie de cuartel general del hermandiño y de sus tropas en las operaciones bélicas que llevaron a cabo por es-

EL PROGRESO, 28-7-1981 (continuación)

tas tierras. Grande debió de ser la actividad que desarrolló en esta casona, ya que de aquí partieron las huestes que tuvieron sitiado durante largos días a Fernán Pérez de Andrade en su castillo. Sus paredes nos muestran, entre otros, el escudo de los Montenegro, y esto se explica porque pasó a esta familia, no se sabe si por compra o por herencia. El verdadero origen no está muy precisado; esto es debido a que presenta otros dos escudos difíciles de identificar a causa de sus características y de la acentuada erosión de la roca granítica.

Otro insurrecto, Pedro Pardo de Cela, quiso levantar la fortaleza de Samarugo en las cercanías de Villalba. En la tercera parte de este trabajo ya aludíamos a la misma situación remitiéndonos a palabras del historiador López Ferreiro, quien relataba el orgullo de Pardo de Cela al desposar a una hija del conde de Lemos y contar con el apoyo de los Rivadeneira. Poco le valió su influencia puesto que Diego de Andrade ayudado por el conde de Altamira lo hizo desistir de tan pretenciosa empresa. A pesar de todo, en Samarugo se construyó una especie de fortaleza, así el escudero Alonso García de Parga asegura que Acuña mandó derribar la torre de la casa feudal situada a medio kilómetro de la misma. En los Papeles de Samarugo del archivo del cabildo de Mondoñedo se dice que "en un apeo del año 1537, Juan Ares, del Coto do Reguengo, en Samarugo, declara que las caserías del mismo pertenecían a la Iglesia de Mondoñedo y que una de ellas la poseían Vasco Fanego y sus hermanos; mas a la Iglesia no se le pagaba nada porque llevando el Mariscal (Pardo de Cela) todo el coto diera larganza a Fanego para hacer caserías".

Mucho dio que hablar esta casa en toda la comarca por las historias, unas fecces fantástica y otras reales, que se contaban sobre ella, debido a la dureza con que trataba a sus vasallo. Aún hoy permanecen huellas del lugar en que estaba situada la horca para los ajusticiados; no hay que olvidar que esta casa era de las de "soga y cuchillo".

Otro monumento importante debió de ser la antigua iglesia, hoy desaparecida. En la "Crónica de la provincia de Lugo" del año 1866 el historiador Villa-Amil y Castro dice de ella, aludiendo también a las viejas murallas: "Percíbense los lienzos de murallas que rodeaban la villa, algunos adosados a gruesas arcadas que han resistido la acción de los tiempos y se han salvado de la codicia humana; y hasta hace pocos años, que ha sido derribada, se veía al pie de ellas la modesta iglesia parroquial con tosca, pero notable portada románica, y un curioso sepulcro con estatua yacente de un caballero desconocido".

No menos interés presenta la casa-torre de Codesido. Su nacimiento se remonta a una carta-privilegio de Enrique II fechada en Medina del Campo a 24 de noviembre de 1338, por lo cual se le concede a la familia Losada "en donación pura y perpetua y no revocable, la Puebla de Sanabria con toda su tierra, y lo mismo en todas las tierras de Carballedo (Orense) y Coto de Losada (Lugo), ambas con todos los vasallos cristianos, y judíos, y hombres y mujeres de cualquier condición que sean...". Estos señores, por lo tanto, tenían derecho a ejercer jurisdicción civil y criminal, así como el mantenimiento del orden público, y estaban capacitados para exigir tributos y servicio militar en propio beneficio.

Según Otero Cao aún se conserva, además de la casa-torre, la choza dedicada al cautiverio de los vasallos con las argollas de hierro utilizadas para los suplicios, y hasta hace pocos años el foso dedicado al patíbulo donde el señor ordenaba aplicar la justicia a su albedrío.

Para dar una visión completa de toda esta arquitectura tan ligada a los acontecimientos trascendentes ocurridos en la zona habría que hablar también de la torre de Roupal en Germade, del castillo de Parga, del de A Cal da Loba en Cospeito, del palacio señorial Sitallo, etc., que aunque no están encerrados en el municipio de Villalba pertenecen a su jurisdicción.

El lector avisado probablemente se pregunte en un principio cuál es la razón del título de este trabajo y por qué no "Los monumentos a través de la historia", que parece una construcción lingüística más lógica. Supongo que al llegar a este punto se dará cuenta de los motivos que de algún modo determinan la cabecera. Sin duda alguna viene explicado por el hecho de que no se ha intentado hacer simplemente un comentario artístico de cada construcción, sino que los propósitos apuntan a descubrir con ligeras pinceladas la historia que se aglutina en cada una de ellas, una historia rica como pocas en la provincia lucense; porque la historia también viene determinada por los monumentos.

La historia a través de los personajes (y V)

J. Lamas

«En esta casa nació en 23 de diciembre de 1846 el laureado poeta y cronista oficial de este municipio don Manuel Mato Vizoso. Falleció el 9 de febrero de 1909. «La Unión Villalbesa» de La Habana le dedica este homenaje de cariño y admiración».

Una lápida de mármol con estas palabras está colocada en la casa que vio nacer a Mato Vizoso. No deja de resultar curioso que una asociación cubana de antiguos vecinos del municipio tuvo que costearla ante la negligencia que había mostrado la villa natal hacia este personaje.

Amante de todo lo relacionado con Villalba, fue su cronista oficial. El sí que podría hablar largo y tendido sobre los Anarade, que no los incluimos en esta relación de personalidades ilustres porque ya los tratamos con detenimiento en otras páginas, y porque no se sabe exactamente si alguno de ellos nació en Villalba, aunque se cree que si lo hizo el glorioso don Fernando.

Volviendo a Mato, consta su afición a la música y a la pintura (dibujó a pluma la estructura original del castillo de los Andrade). Sus poemas bucólicos apenas son conocidos, quizás porque no constituyen una obra homogénea y aparecen dispersados por diversas publicaciones.

Su prolífero trabajo, al que hay que añadir la labor periodística, hizo buena la frase de Ma-rañón que dice: «ninguna parce-

la de la cultura es pequeña», pues probablemente sacrificó empresas de mayor alcance en beneficio de su pueblo natal.

Un poco antes, en el año 1828, nació don Manuel Vázquez de Parga, conde de Pallares, íntimamente ligado a Villalba desde su nacimiento. Cursó la carrera de Leyes y después de un paréntesis dedicado al periodismo y a la abogacía se decidió por la carrera política. Desempeñó numerosos cargos relacionados con Lugo (regidor del Ayuntamiento, diputado a Cortes por Lugo, Mondoñedo y Villalba (1870, presidente de la Diputación, etc.).

En su dilatado historial se encuentran los títulos de gentil-hombre de Cámara, académico de la Historia, consejero de Instrucción Pública, senador vitalicio, etc. Su ascenso en el campo político fue notable y llegó a ser nombrado director general de Propiedades y Derechos del Estado (1880), consejero del Estado (1884), vicepresidente del Senado (1900), etc.

A principio del siglo actual fue condecorado por Alfonso XIII con la Gran Cruz de Carlos III, siendo el único gallego de su tiempo que llegó a poseer esta distinción. Todo esto sólo constituye un pequeño grupo de cargos, probablemente los más importantes, de los muchos que figuran en su larga existencia. Fue un hombre de vida pública dilatadísima, prácticamente hasta su muerte, hecho que acaeció el 12 de noviembre de 1908. Su figura no deja de ser interesante gracias



Manuel Mato Vizoso, antiguo cronista oficial de Villalba

a la actividad que desplegó en numerosas áreas de la vida lucense y nacional, tanto en las letras como en la política, en la administración financiera o en la jurisprudencia.

Una vida más reposada correspondió a José María Chao Ledo. Nació en Villalba (30-IX-1844, 9-VII-1894). Cursó estudios religiosos en Mondoñedo con excelentes calificaciones y en 1867 fue ordenado sacerdote a título de patrimonialista en Candamil (Xermade) y en el mismo año pasó a ejercer el diaconado en Santiago de Sancobad. En un concurso de curatos celebrado en Mondoñedo (1876) sacó la máxima puntuación y pasó a desempeñar sus funciones en S. Jorge de Rioavieso. Pero lo que aquí nos interesa son sus aficiones literarias que le hacen figurar como un personaje de relevancia en la historia de su pueblo. Escribió poemas en castellano, gallego y latín, y fueron recopilados en un tomo merced al apoyo del «Centro Villalbeso» de Buenos Aires. En este libro aparecen algunos rasgos biográficos de Chao Ledo junto a los trabajos líricos como «A oración do romeiro», «A miña anduriña», «A volta da primavera», «Cuadro montañés», «Historia dunha rosiña», etc., además de «A romería», el más conocido, que le valió el primer premio en un concurso literario celebrado en Santiago en el año 1875 disputado en buena lid con figuras relevantes de la literatura gallega de la época.

Sus poesías aparecen algo trastrochadas desde una perspectiva actual debido a los giros y a los gustos cambiantes de la lírica, que tomó unos derroteros bien distintos al tipismo, al tradicionalismo, pero, no obstante, des-

cubren al gran esteta que les dio forma y a su refinada sensibilidad.

Prologó este tomo antológico otro ilustre escritor, Antonio García Hermida. Nació en el 1886 y murió en el 1939. Su obra está repartida entre numerosos artículos periodísticos, diversas composiciones líricas y prosas de gran calidad. Dirigió el periódico «Heraldo de Villalba» y contó con una buena acogida en el municipio y en la provincia.

Sin adentrarnos más en su labor literaria vamos, precisamente, a fijarnos en algunos párrafos del prólogo que escribió para la producción poética de Chao Ledo, párrafos que constituyen todo un manifiesto bien definitorio de su personalidad y de su pensamiento en el marco de la vida social e intelectual de la Galicia que le tocó vivir:

«Moitas maneiras hai de contribuir a que Galicia ocupe o lugar que lle corresponde no concerto dos pobos que loitan venturosamente polo seu adianto cultural; pero nisa debemos procurar soste-lo como algo intanxible os lazos que nos unen á terra nai non perdendo nunca de vista as razóns históricas, xeográficas e lingüísticas que veñen a ser a maneira co sello racial que nos distingue doutros pobos».

«Da pena, por certo, observar como na república das nosas letras galegas fai destragos a praga do intrusismo dos que a falta dunha terminoloxía sacada da canteira viva do pobo recurren a invencións pouco lóxicas traendo como consecuencia o que decote nos alcantremos ante unha nova Babel onde non é posible entendernos».

Se observa la actualidad de la

EL PROGRESO, 30-7-1981 (continuación)

temática, sobre todo en el último párrafo, que presenta un problema de plena incidencia en nuestros tiempos dentro del contexto de las letras gallegas. Profundamente sensibilizado con la realidad de su tierra, intuitivo y premonitorio, García Hermida es un ejemplo del escritor comprometido con una línea de pensamiento lúcida y renovadora.

Hablando de compromiso, grande fue el que adquirió Antonio Insua con el mundo de la pintura. En el 1953, a los 43 años de edad, el infortunio hizo que abandonara los pinceles definitivamente cuando se hallaba en la madurez creadora, en ese punto en que el artista se descubre a sí mismo y conecta plenamente con su sensibilidad. Pienso que todo lo que pueda decir no sería más que una tímida sombra ante las frases de Martínez Risco, que reproduzco por su belleza y por la condensación esencial del universo artístico de Insua: «Antonio Insua vivía un condoloso temperamento pictórico contenido hasta el día aciago de su muerte por el dique de una severa autocrítica que no bastaron a deshacer la contracción y el alteato constante de quienes le sabíamos maduro para señorear los campos del arte; por la herada y poco común ambición de tantear caminos infrecuentados y alcanzar cimas señeras, y también por una tendencia invencible de raíces seguramente célticas a la escucha de voces interiores».

No fue mucha la producción, pero de calidad. Desde los lejanos tiempos en que estudió en la Academia de S. Fernando pensionado por la Diputación de Lugo, recibió el premio en la Exposición Nacional de Pintura celebrada en el Salón del Retiro, etc., hasta el momento de su fallecimiento recreó numerosos temas enraizados con la Vilalba de su origen, estampas impercederas de un pueblo aureolado por el arte.

En el año 1922 vio la luz por primera vez Manuel Fraga Iribarne, quizás el único villalbés de relieve que permanece vivo.

En su vida se alteraron la docencia y la política. Fue catedrático de Derecho Político en la universidad de Valencia en 1948 a la temprana edad de 26 años, y unos años más tarde de Derecho Constitucional en la facultad de Ciencias Políticas de Madrid. Los puestos que ocupó y las distinciones a que se hizo acreedor bien ocuparían varias páginas. Desempeñó, entre otros muchos cargos, los de letrado de las Cortes, secretario del Instituto de Cultura Hispánica, de Consejo Nacional de Educación, de la comisión española de la UNESCO, secretario general técnico del Ministerio de Educación, secretario del Instituto de Estudios Políticos y de la comisión de Asuntos Exteriores, académico numerario de Instituto de Información y Turismo, Ciencias Morales y Políticas, ministro de la Gobernación, diputado embajador en el Reino Unido, tado, en Cortes, etc.

Número uno en varias oposiciones, premios extraordinarios, numerosos libros publicados, todo forma un dilatadísimo historial.

Personaje controvertido, polémico hasta la médula, criticado por unos, adulado por otros, reconocido su dinamismo, su capacidad de trabajo por casi todos, sigue aguantando el tipo en el escenario de la política española.

Pocas personas dieron tanto que hablar desde la famosa Ley de Prensa o «Ley Fraga» que coincidió con ciertos atisbos de aperturismo político. Desde entonces es cabecera de titulares casi permanentemente y su carrera ha entrado en una nueva dimensión que viene dada por el pluralismo de las opciones políticas y que es de todos conocida.

Sería prematuro y atrevido enjuiciar su labor, pues ha de ser la historia la que lo haga, porque lo que sí es cierto es que ya ha pasado a formar parte de nuestra historia más inmediata.

No podemos finalizar sin citar los nombres de Carmiña Prieto Rouco o de José Luis García Mato, fallecidos aún no hace mucho tiempo, que deben de figurar por méritos propios en la historia villalbesa más actual.